

— ¡ Pobre Sofía !

La historia que sigue es la misma que me contó más tarde Mr. de Villenave.

#### IV

### El medico del rey

El día 25 de agosto de 1774 estaba en Versalles Luis XV acostado en la cámara azul ; junto á su lecho dormía en una cama de correas el cirujano Lamartiniere.

Daban las cinco de la mañana en el reloj del gran patio, y el movimiento empezaba á interrumpir la quietud del palacio.

Movimiento de sombras inquietas que amenazaban el sueño del rey en aquella hora en que hacía ya algún tiempo que Luis XV, fatigado por la vigilia y los excesos, hallaba algún reposo comprado por el abuso del insomnio, y por los narcóticos cuando no bastaba con el abuso del insomnio.

El rey no era ya joven : entraba en los sesenta y cinco años de su edad : como había apurado hasta las heces la copa de los placeres, los goces y las alabanzas, no tenía nada nuevo que conocer y se fastidiaba.

La fiebre del fastidio era la enfermedad más grave que padecía : aguda en tiempo de Mad. de Châteauroux, se hizo intermitente bajo la dirección de Mad. de Pompadour, y enteramente crónica con Mad. Dubarry.

Á los que nada les queda por conocer, les queda algunas veces algo por amar : este es un magnífico recurso para librarse de la enfermedad que aquejaba á Luis XV ;

pero estregado por el amor individual, con el que había inspirado á todo un pueblo, y que había llegado hasta el frenesi, esta costumbre del alma le había parecido muy vulgar para que un rey de Francia se entregase á ella.

Así es que su pueblo, su mujer y sus queridas habían amado á Luis XV ; pero él jamás había amado á nadie.

Á los que están estragados les queda una preocupación excitante ; el padecimiento. Pero Luis XV, fuera de las dos ó tres enfermedades que él mismo se había buscado, jamás había padecido, y, mortal favorecido por la naturaleza, no tenía más presentimiento de la vejez que un principio de cansancio, de fatiga, que los médicos le presentaban como señal de retirada.

Algunas veces, en las magníficas cenas de Choisy en que las mesas salían cargadas del pavimento y como cosa de magia, y que los pajes de las pequeñas caballerizas eran quienes servían, cuando Mad. Dubarry provocaba á Luis XV con las copas y el duque de Ayen con la risa y el marqués de Chauvelin con su alegría epicúrea ; Luis XV, sorprendido, observaba que su mano andaba perezosa en levantar aquella copa, llena del encendido licor que tanto le gustaba ; que su frente se negaba á contraerse para expresar la risa que los chistes de Juana Vaubernier habían hecho aparecer algunas veces como flores de otoño en las fronteras de su edad madura ; en fin, que su imaginación permanecía helada, mientras le hacían seductoras pinturas de la felicísima vida que se pasa cuando se tiene un poder soberano, una riqueza inmensa y una salud excelente.

Luis XV no era hombre de carácter franco : encerraba en su interior su alegría y su tristeza, y acaso hubiera sido, gracias á esta concentración de sus sentimientos, un gran político, si, como él mismo decía, no le hubiera faltado el tiempo.

En el punto y hora en que notó el cambio que se veri-

ficaba en él, en vez de darse á partido y respirar filosóficamente las primeras brisas de la ancianidad, brisas que arrugan la frente y blanquean los cabellos, se encerró dentro de sí mismo y quiso darse exacta cuenta de todo.

Lo que hace tristes á los hombres más alegres es el análisis de la alegría ó del sufrimiento; el análisis es el silencio arrojado entre las risas y los sollozos.

Hasta entonces se había visto al rey fastidiado, pero desde entonces se le vió triste. Ya no se reía al oír las frases lascivas de Mad. Dubarry, ni se sonreía al escuchar las bromas picantes del duque de Ayen, ni se embriagaba con las amistosas caricias de Mr. de Chauvelin, que era el amiguito del alma, el Acates de sus reales escapatorias.

Mad. Dubarry se quejó particularmente de aquella tristeza que para ella degeneraba también particularmente en frialdad.

Los médicos dijeron, al ver este cambio moral, que si el rey no estaba malo todavía, lo estaría pronto.

Lamartiniere, primer cirujano del rey, se había atrevido el 15 de abril anterior, después de haberle hecho tomar su medicina mensual, á hacerle ciertas observaciones que creía urgentes.

— Señor, le había dicho, cuando V. M. no beba ya, cuando V. M. no coma ya, cuando V. M... no se divierta ya, ¿qué será lo que hará?

— ¡Bah! mi querido Lamartiniere, haré lo que me parezca más divertido fuera de esas tres cosas.

— Es que no conozco ninguna cosa digna y nueva que ofrecer á V. M. Vuestra majestad ha hecho la guerra, V. M. ha procurado amar á los sabios y á los artistas, V. M. ha amado á las mujeres y el vino de Champagne. Pues bien; cuando se ha gozado de la gloria, de la lisonja, del amor y del vino, aseguro á V. M. que busco

en vano un músculo, una pulpa, un ganglio nervioso que me demuestren la aptitud de un individuo para nuevas distracciones.

— ¡ Ah! dijo el rey; ¿de veras? ¿lo creéis así, Lamartiniere?

— Señor, medítadlo bien: Sardanápalo era un rey muy inteligente, casi tanto como V. M., aun cuando vivió dos mil y ochocientos años antes que V. M. naciese. Tenía mucho amor á la vida y no pensó más que en disfrutar de ella lo mejor que pudiera. Si no me equivoco, buscó minuciosamente los medios de ejercitar su cuerpo y su espíritu en el descubrimiento de los más ocultos placeres. Pues, sin embargo, recordad que sus historiadores no dicen que hallase ninguna otra cosa más que las que vos mismo habéis hallado.

— Tenéis razón, Lamartiniere.

— Por supuesto, exceptuando el vino de Champagne, que no conocía Sardanápalo. Al contrario, él tenía los vinos espesos, pesados y pastosos del Asia Menor, llamas líquidas que se filtran por las pulpas de las uvas del Archipiélago; vinos cuya embriaguez es un furor, al paso que la embriaguez del vino de Champagne es una locura.

— Es verdad, querido Lamartiniere, es verdad: el vino de Champagne es un vino muy agradable y ha sido siempre mi predilecto. Mas, decidme, ese Sardanápalo de que habláis, ¿no acabó por tenderse en una pira y morir abrasado en ella?

— Sí, señor, era el único placer que le quedaba por experimentar, y lo reservó para el último.

— ¿Y sin duda para que ese placer fuera todo lo mayor posible, al paso que murió quemándose á sí mismo, quemó también su palacio, sus riquezas, y aun á sus favoritas?

— Sí, señor.

— Y qué, Lamartiniere, ¿me aconsejáis quizás que prenda fuego á Versalles y al mismo tiempo que á Versalles, á mi mismo y á Mad. Dubarry?

— ¡ Oh ! de ningún modo : os habéis hallado en batallas ; habéis visto incendios ; os habéis hallado envuelto en el humo del cañoneo de Fontenoy, y por consiguiente, las llamas no serán un placer nuevo para vos. Vamos á ver ; recapitulemos los medios que tenéis para libraros del fastidio.

— ¡ Oh, Lamartiniere ! me encuentro muy desarmado ya.

— Empecemos porque tenéis á vuestro amigo Mr. de Chauvelin, hombre de un ingenio... de un.....

— Chauvelin no tiene ya ingenio, amigo mio.

— ¿ De cuándo acá !

— Desde que me fastidio.

— ¡ Bah ! dijo Lamartiniere : eso es lo mismo que si dijerais que Mad Dubarry habia perdido su hermosura desde que.....

— ¿ Desde qué ?... dijo el rey ruborizándose un poco.

— ¡ Oh ! yo me entiendo, contestó bruscamente el cirujano.

— En fin, dijo el rey lanzando un suspiro, es indudable que voy á ponerme malo.

— ¡ Mucho me lo temo, señor !

— Pues á poner remedio, Lamartiniere, á poner remedio : impidamos el mal.

— El único medio que hallo, señor, es el reposo.

— ¡ Bien !

— La dieta.

— ¡ Bien !

— Las distracciones.

— Ahí os detengo, Lamartiniere.

— ¿ Y por qué ?

— Sí ; porque me preceptuáis que me distraiga y no

me decís cómo tengo de distraerme. ¡ Vamos ! Os tengo por ignorante ; por muy ignorante : ¿ lo ois, amigo mio ?

— Y no tenéis razón, señor. La falta es vuestra y no mía.

— ¿ Y por qué ?

— Porque no es posible distraer á los que se fastidian, cuando tienen por amigo á Mr. de Chauvelin y por querida á Mad. Dubarry.

Hubo un momento de silencio, con el cual confesaba el rey, al parecer, que no dejaba de tener razón Lamartiniere en lo que acababa de decir.

Luego continuó el rey :

— Vamos, Lamartiniere, amigo mio ; supuesto que hablamos de enfermedades, hablemos razonadamente. Decís que he gozado de todo en el mundo ; ¿ no es así ?

— Lo digo y lo afirmo.

— ¿ He gozado de la guerra ?

— ¡ Pardiez ! cuando se ganó la batalla de Fontenoy.

— Sí ; según eso era un espectáculo muy divertido el ver á una infinidad de hombres destrozados ; hallar un terreno de cuatro leguas de largo y una de ancho, todo empapado en sangre, y oler aquellos vapores de la matanza que levantaban el estómago.

— Pero, ¿ y la gloria ?

— ¿ Pues acaso fui yo quien ganó la batalla ? ¿ No fué el mariscal de Sajonia ? ¿ No la ganó el duque de Richelieu ? ¿ No la ganó sobre todo Pequigny con sus cuatro piezas de artillería ?

— No importa ; porque, en resumidas cuentas, ¿ á quién se ha atribuido el triunfo ? á vos.

— Enhorabuena : ¿ conquie en esa razón os fundáis para asegurar que he gozado de la gloria ? ¡ Oh, querido Lamartiniere, si supierais con qué incomodidad dormí la víspera del día de Fontenoy !

— Bueno : dejemos la gloria á un lado ; pero podéis,

ya que no conquistarla por vos mismo, hacer que os la den los pintores, los poetas y los historiadores.

— Lamartiniere, no puedo ver á esa gente compuesta toda de seres más abyectos que mis lacayos ó de altaneros colosos que no pueden pasar por los arcos triunfales de mi abuelo. Especialmente, ese Voltaire... ¿pues no se atrevió la otra noche á tocarme en el hombro llamándome Trajano? Le dicen que él es el rey de mi reino y el muy bergante se lo cree. Gracias por la inmortalidad que esa gente quiere darme: sería menester pagársela muy cara en este mundo perecedero, y quizás también en el otro.

— En ese caso, ¿qué deseáis, señor? decidlo.

— Deseo que mi vida tenga la mayor duración posible; deseo que de las cosas que me gustan entren en esta vida todas las que puedan entrar; y para esto no me dirigiré á los poetas, ni á los filósofos, ni á los guerreros, Lamartiniere; á ninguno de ellos. Después de Dios, las únicas personas que estimo decididamente son los médicos, por supuesto cuando son buenos.

— ¡Hola!

— Habladme, pues, francamente, querido Lamartiniere.

— Sí, señor.

— ¿Qué es lo que tengo que temer?

— Una apoplejía.

— ¿Causa la muerte?

— Si no se sangra uno á tiempo.

— Lamartiniere, jamás os apartaréis de mi lado.

— No es posible, señor; tengo que atender á mis enfermos.

— ¡Eso está muy bien! Pero me parece que mi salud interesa tanto á Francia y á la Europa como la de todos vuestros enfermos juntos: todas las noches se os pondrá una cama junto á la mía.

— ¡Señor!

— ¿Qué más os da dormir en un sitio que en otro? Así me tranquilizaréis con vuestra presencia, y le meteréis miedo á la enfermedad, porque la enfermedad os conoce y sabe que sois su más formidable enemigo.

Y esta es la razón de por qué el cirujano Lamartiniere se hallaba, el 25 de agosto de 1774, acostado en una cama de correas en la cámara azul de Versalles, durmiendo un sueño profundo á las cinco de la mañana, mientras que el rey en vano se esforzaba por dormir.

Luis XV, que estaba despierto como acabamos de decir, lanzó un gran suspiro; pero como un suspiro no significa más que lo que quiere el suspirante que signifique, Lamartiniere, que en vez de suspirar roncaba, lo oyó á pesar de todo; mas sin hacer caso, ó al menos fingiendo que no lo hacía.

Viendo el rey que su cirujano habitual se mostraba insensible á aquella apelación, se inclinó hacia la orilla de la cama, y al resplandor del grueso cirio que ardía en el morterete de mármol, miró para el durmiente, sin poderlo observar á pesar de lo escudriñador de sus miradas, porque la densa y blanda manta le llegaba hasta la borla de su gorro de noche.

— ¡Ay! exclamó el rey; ¡ay de mí!

Lamartiniere oyó también esto; pero como entre sueños puede escapársele una interjección á cualquier hombre que está dormido, no creyó que esta fuese una razón para que otro se despertase.

El cirujano, pues, siguió roncando.

— ¡Dichoso quien duerme así! murmuró Luis XV.

Luego añadió:

— ¡Qué materiales son estos médicos!

Y se resignó á esperar un rato; pero así que pasó un cuarto de hora, viendo que esperaba inútilmente, exclamó:

— ¡Eh! ¡Lamartiniere!

— ¡Hola! ¿qué hay, señor? preguntó gruñendo el médico de S. M.

— ¡Ah! ¡Lamartiniere! repitió el rey quejándose del modo más lamentable.

— Vamos, ¿qué?

Y el doctor refanfuñando, como hombre que sabe cuánto puede abusar de su posición; el doctor, repetimos, levantó la cabeza y se echó al suelo.

Encontró al rey sentado en su cama.

— ¿Qué es eso, señor? ¿estáis malo? le preguntó.

— Creo que sí, mi querido Lamartiniere, respondió S. M.

— ¡Oh! estáis algo conmovido.

— Mucho, sí; muy conmovido.

— ¿Y por qué?

— No lo sé.

— Yo sí, murmuró el médico en voz baja: de miedo.

— Tomadme el pulso, Lamartiniere.

— Eso estoy haciendo.

— ¿Qué tengo?

— Tenéis, señor, ochenta y ocho pulsaciones por minuto, lo cual en los viejos es demasiado.

— ¿En los viejos, Lamartiniere?

— Exactamente.

— No tengo más que sesenta y cuatro años, y á los sesenta y cuatro años no es uno viejo todavía.

— Ni tampoco joven.

— Veamos, ¿qué me mandáis?

— Antes, sepamos; ¿qué es lo que sentís?

— Estoy como sofocado.

— No; al contrario, veo que tenéis frío.

— Debo estar muy encarnado.

— ¡Nada, señor! más bien estáis pálido. Os voy á dar un consejo.

— ¿Y es?

— Que procuréis recobrar el sueño: eso será muy bueno.

— Pero si ya no tengo sueño.

— ¿Pero qué significa esa agitación?

— ¡Cáspita! Me parece que debes de saberlo, Lamartiniere; y sino, ¿de qué te sirve ser médico?

— ¿Habéis tenido, quizás, alguna pesadilla?

— Sí.

— ¡Una pesadilla! exclamó Lamartiniere levantando las manos al cielo; ¡una pesadilla!

— ¿Y qué? preguntó el rey: cualquiera las tiene.

— Vamos á ver; contadme cómo ha sido, señor.

— Esas cosas no se cuentan, amigo mío.

— ¿Y por qué no? todo se cuenta.

— ¿Al confesor? sin duda.

— Pues entonces mandad pronto por vuestro confesor; entretanto voy á sacar mi lanceta.

— Muchas veces una pesadilla es un secreto.

— Sí; y muchas también es un remordimiento. Tenéis razón, señor, voy á dormir.

Y el doctor empezó á quitarse las medias y acomodarse los calzoncillos.

— ¡Vamos, Lamartiniere, vamos! no os enfadéis, amigo mío. Sí; he tenido una pesadilla: soñaba... soñaba que me llevaban á San Dionisio.

— Y que el carruaje era muy malo... ¡Bah! cuando hagáis ese viaje, estad cierto de que no os molestará en lo más mínimo, señor!

— ¿Cómo tienes valor para tratar con tono de risa un asunto tan serio? dijo el rey estremeciéndose: ¡oh! he soñado que me llevaban á San Dionisio, y que me habían envuelto, vivo todavía, en el paño mortuario de mi féretro.

— ¿Y os encontrabais incómodo en aquel féretro.

— Sí, un poco.

- ¿Sentiais vapores, mal humor, indigestión?...  
 — ¡ Oh ! ayer no cené.  
 — Entonces sentiríais un vacío en el estómago...  
 — ¿ Crees acaso ?  
 — ¡ Ah ! ahora que pienso en ello : ¿ á qué hora os separasteis ayer de la señora condesa ?  
 — Hace dos días que no la veo.  
 — Le ponéis mala cara, le mostráis mal humor, y ya veis.  
 — ¡ Oh ! no ; ella es la que me pone mala cara. Le había prometido una cosa que todavía no le he dado...  
 — Pues dadle pronto esa cosa, y haced que vuelva la alegría á vuestro espíritu.  
 — No : estoy hundido en la mayor tristeza.  
 — ¡ Ah ! una idea se me ocurre.  
 — ¿ Y es ?  
 — Que almorcéis con Mr. de Chauvelin.  
 — ¡ Almorzar ! exclamó el rey ; eso era bueno en aquellos tiempos en que yo tenía apetito.  
 — ¡ Pues señor ! ¡ bien ! exclamó el cirujano cruzándose los brazos : no queréis amigos, no queréis queridas, no queréis almuerzos ; ¿ creéis que sufriré yo esto ? ¡ Pues bueno ! os lo aseguro ; si trastornáis vuestro método de vida, os perderéis sin remedio.  
 Lamartiniere : con mi amigo... bostezo ; con mi querida... me quedo dormido ; con mi almuerzo... me ahogo.  
 — Pues entonces, indudablemente estáis malo.  
 — ¡ Ah ! Lamartiniere, exclamó el rey, ¡ he sido dichoso por tanto tiempo !  
 — ¿ Y os quejáis por eso ? ¡ he aquí lo que son los hombres !  
 — No : no me quejo de lo pasado ; de ningún modo : me quejo de lo presente : de puro rodar, se llega á gas-  
 tar el carro.

- Y el rey lanzó un suspiro  
 — Es verdad, se gasta, repitió sentenciosamente el médico.  
 — De modo que los resortes están embotados, suspiró más bien que dijo el rey, y ya no aspiro sino al reposo.  
 — ¡ Bien ! pues echaos á dormir, exclamó Lamartiniere volviendo á acostarse.  
 — Dejadme continuar mi metáfora, mi buen doctor.  
 — Señor, ¿ si me habré equivocado, y llegaréis á ser poeta ? Esa sí que sería una pícara enfermedad.  
 — No : al contrario, ya sabes que detesto á los poetas. Por agradar á Mad. de Pompadour he hecho gentilhom-  
 bre al indigesto Voltaire ; pero desde que se tomó la libertad de tutearme, llamándome no me acuerdo si Tito ó si Trajano, todo se acabó. Lo que quería decir, en pura prosa, era que es tiempo ya de que sujeté la rueda.  
 — ¿ Queréis saber mi dictamen, señor ?  
 — Sí, amigo mío.  
 — Pues mi dictamen es que no sujetéis la rueda, sino que desenganchéis.  
 — Eso es muy duro, murmuró Luis XV.  
 — No puedo explicarme de otro modo, señor : cuando hablo al rey le llamo *vuestra majestad* ; cuando hablo al enfermo apenas si le llamo *caballero*. Así, pues, señor, desenganchad, y pronto. Conque ya que hemos quedado convenidos, vamos á aprovechar la hora y media de sueño que nos queda, señor. Vamos á dormir.  
 Y el cirujano se metió bajo su manta, donde cinco minutos después roncaba de un modo tan plebeyo, que las bóvedas de la cámara azul bramaban indignadas.

## V

## Al levantarse el rey

El rey, abandonado á sí mismo, no trató ya de interrumpir al obstinado doctor, cuyo sueño arreglado á modo de reloj, duró hasta el momento que había indicado antes.

Habían dado ya las seis y media cuando el camarero iba á entrar, con cuyo motivo Lamartiniere se levantó y pasó á otra habitación mientras levantaban su cama.

Allí escribió una orden para los médicos subalternos y desapareció.

El rey mandó que dejasen entrar primero á los de su servicio y después á cuantos quisieran.

Saludó á todos silenciosamente, y luego presentó sus piernas á los camareros, quienes le pusieron las medias, le ataron las ligas y le pusieron la casaca de recibimiento.

En seguida se arrodilló en su reclinatorio, suspirando muchas veces en medio del silencio general.

Todos se arrodillaron como el rey y rezaron como él, distrayéndose á cada palabra.

El rey se volvía de vez en cuando hacia la balaustrada donde abundaban generalmente sus más familiares y queridos cortesanos.

— ¿Qué está buscando el rey? preguntaron en voz baja el duque de Richelieu y el duque de Ayen.

— ¡No será á nosotros, supuesto que puede vernos fácilmente, dijo el duque de Ayen; pero mirad, ya se levanta el rey!

En efecto Luis XV había acabado de rezar sus oraciones, ó más bien había estado tan distraído que no había podido rezarlas.

— No veo al señor jefe de la guarda-ropa, dijo Luis XV echando una mirada á su alrededor.

— ¿Mr. de Chauvelin? preguntó el duque de Richelieu.

— Sí.

— Señor, ahí está.

— ¿En dónde?

— Allí, dijo el duque volviéndose de espaldas.

— ¿Está todavía rezando?

Así era en efecto: el marqués de Chauvelin, aquel agradable pagano, aquel alegre compañero de los sacrilegios reales de menor cuantía, espíritu enemigo de todos los dioses en general y de Dios en particular, el marqués, decimos, se había quedado de rodillas, faltando no sólo á su costumbre sino también á la etiqueta, supuesto que el rey había concluido ya sus oraciones.

— Vamos, marqués, preguntó el rey sonriéndose, ¿estáis acaso durmiendo?

El marqués se levantó lentamente, se santiguó, y saludó á Luis XV con profundo respeto.

Todos estaban acostumbrados á reirse cuando el marqués se quería reir, y creyendo que aquella gravedad sería verdaderamente una broma, se rieron por costumbre, tanto el rey como todos los demás.

Pero volviendo inmediatamente á su anterior gravedad, dijo el rey:

— Vamos, vamos, marqués; ya sabéis que no me gusta que se gasten bromas sobre materias sagradas. Creo que vuestra intención ha sido la de distraerme un poco, así á lo menos lo presumo, y os perdono en gracia de esa misma intención; pero os advierto que es grande el trabajo que emprendéis, añadió suspirando, porque estoy profundamente triste.

— ¿Triste vos, señor? preguntó el duque de Aven; y ¿qué cosa hay que pueda entristecer á V. M.?

— Mi salud, duque; mi salud que se despide de mí. Hago todas las noches que Lamartiniere duerma en mi cámara; pero ese furioso se propone más bien meterme miedo. Afortunadamente me parece que aquí todo el mundo está dispuesto á reír: ¿no es así, Chauvelin?

Pero todas las provocaciones del rey fueron inútiles. El marqués de Chauvelin, en cuya fisonomía fina y burlesca se reflejaba la jovialidad del rey; el marqués, cortesano tan perfecto que jamás había dejado de satisfacer sus deseos; el marqués aquel día en vez de proveer á la necesidad de distracción que el rey experimentaba, permaneció adusto, severo, y enteramente absorto en su inexplicable gravedad.

Era aquella tristeza tan impropia en una persona del carácter de Mr. de Chauvelin, que algunos creyeron que el marqués continuaba embromando, y que tanta gravedad concluiría con una resonante y estrepitosa carcajada; pero el rey no tenía aquel día paciencia para esperar y empezó á batir en brecha la tristeza de su favorito.

— Pero, ¿qué diablos, tenéis, Chauvelin? preguntó Luis XV; ¿continúa en vos la pesadilla que empezó en mí esta noche? ¿Querréis también que os entierren?

— ¡Oh! ¿ha soñado V. M. con cosas tan feas? preguntó Richelieu.

— Sí, una verdadera pesadilla, duque. Pero en verdad que lo sufro con paciencia, toda vez que sea en sueños; no me gustaría mucho verlo cuando estoy despierto. Vamos; decid, Chauvelin, ¿qué tenéis?

El marqués se inclinó sin responder.

— Hablad, hablad; ¡yo os lo mando! exclamó el rey.

— Señor, respondió el marqués, estoy pensando.....

— ¿En qué? preguntó Luis XV admirado.

— En Dios, señor.

— ¿En Dios?

— Sí, señor, Dios... es el principio de la sabiduría.

Este preámbulo tan frío y tan monacal hizo estremecer al rey, quien fijando en el marqués una mirada más atenta, descubrió en sus facciones flojas y envejecidas la causa probable de su no usada tristeza.

— El principio de la sabiduría, dijo. ¡Ah! en verdad que ya no me admiro de que ese principio jamás tenga continuación, porque es muy fastidioso. Pero vos no pensáis en Dios solamente. Decidme, ¿en qué más pensáis?

— En mi mujer y en mis hijos, á quienes no veo hace ya mucho tiempo, señor.

— ¡Calla! es verdad, Chauvelin; sois casado, tenéis hijos, no me acordaba ya; ni vos tampoco, á lo que parece, pues hace quince años que nos vemos diariamente y esta es la primera vez que me habláis de ellos. ¡Pero bueno! Si tanto deseo tenéis de vivir en familia, mandadla venir, no me opongo: creo que vuestro departamento en palacio es bastante grande.

— Señor, respondió el marqués; Mad. de Chauvelin vive muy retirada del mundo, sumida en la mayor devoción y.....

— Y se escandalizaría, ¿no es esto lo que queréis decir? ¿se escandalizaría al ver lo que pasa en Versalles? Comprendo: es lo que le pasa á mi hija Luisa, á quien nunca puedo sacar de San Dionisio. Pues entonces no veo remedio humano, mi querido marqués.

— Pido al rey que me dispense; pero hay uno.

— ¿Cuál?

— Mi trimestre acaba esta noche; y si el rey me permitiese ir á Grosbois á pasar unos días con mi familia...

— ¡Marqués! pues buena está la broma; separarse de mí!



— Yo volveré, señor ; pero no quisiera morir sin haber tomado algunas disposiciones testamentarias.

— ¡ Morir ! cáspita con el hombre ! ¿ morir ? ¡ y con qué formalidad lo dice ! ¿ Pues que edad tenéis, marqués ?

— Señor, diez años menos que V. M., aunque represento diez años más.

El rey le volvió la espalda y dirigiéndose al duque de Coigny, que estaba inmediato á él, le dijo :

— ¡ Hola ! ¿ estáis ahí, señor duque ? Llegáis á muy buena hora : la otra noche se habló de vos durante la cena. ¿ Es cierto que habéis dado hospitalidad en mi palacio de Choisy al pobre Gentil Bernard ? Sería una acción que no podría menos de alabar. Y cuidado que si todos los gobernadores de mis palacios y castillos hicieran lo mismo y recogieran en ellos á todos los poetas que se han vuelto locos, no me quedaría más recurso que irme á vivir á Bicêtre. ¿ Cómo sigue ese desgraciado ?

— Siempre mal, señor.

— ¿ Y cómo le ha sucedido eso ? ¿ por qué ?

— Señor, por haberse divertido mucho en otro tiempo, y sobre todo, por haberla querido echar recientemente de hombre joven.

— Si, sí, comprendo. ¡ Cáspita ! Ya es bastante viejo.

— Suplico al rey que me perdone ; pero él tiene solamente un año más que V. M.

— Vamos, esto no se puede aguantar, dijo el rey volviendo la espalda al duque de Coigny, no sólo están hoy tan tristes como si fueran catafalcos, sino que están tan necios é insípidos como si fuesen patos.

El duque de Ayen, uno de los hombres más chistosos de aquella época tan fecunda en chistes, comprendió que el mal humor del rey iba en aumento, temió que le alcanzase también la rociada, y determinado á hacer por

ponerle término lo más pronto posible, dió dos pasos hacia adelante para ponerse á la vista. Llevaba en su chupa, en sus ligas y alrededor de su casaca bordados de oro tan anchos y brillantes, que no podían menos de llamar la atención. El monarca, pues, alcanzó á verlo y exclamó :

Á fe mía, duque de Ayen, que estáis resplandeciente como un sol. Yo creía que todos los bordadores de París estaban arruinados desde que se verificó el matrimonio del conde de Provenza, donde no hubo un cortesano que les pagase, y donde los señores principes no se quisieron presentar quizás por falta de dinero ó de crédito.

— Así están tan arruinados, señor.

— ¿ Quién ? los principes, los bordadores ó los cortesanos ?

— Todos un poco, según creo ; los bordadores, sin embargo, son más hábiles y saldrán del apuro.

— ¿ Y de qué modo ?

— Por esta nueva invención, contestó el duque de Ayen, y enseñó sus bordados.

— No comprendo.

— ¡ Si, señor ! las casacas bordadas así tienen un nombre especial ; se llaman casacas á la *cancillera*.

— Pues ahora lo entiendo menos.

— Un medio habría de que V. M. entendiera este enigma, y sería citar los versos que han hecho esos papanatas de parisienses ; pero no me atrevo.

— ¿ No os atrevéis ? ¿ vos no os atrevéis, duque ? dijo el rey sonriendo.

— ¡ Oh ! señor ! no me atrevo : espero la orden de V. M.

— Pues os lo mando.

— Tenga presente el rey que no hago más que obedecer. Los versos dicen así :

Se hacen de nueva manera  
Galones de casacones,  
Y llaman á estos galones  
Galones de *cancillera*.

¿ Pero por qué son llamados  
Con nombre de tanto estruendo ?  
¿ Por qué ? porque falsos siendo  
No se ponen colorados.

Los cortesanos se miraron unos á otros, admirados de tanto atrevimiento, y todos volvieron á un mismo tiempo la cara al rey, para acomodar á la suya su propia fisonomía. El canceller Maupeou, que entonces gozaba del más alto favor en la corte, gracias á la favorita, era un personaje muy elevado para que nadie se tomase la libertad de prestar atención á los epigramas que tan frecuentemente lanzaban contra él. Sonrióse el monarca y todos los labios se sonrieron: nada contestó, y nadie dijo una palabra.

En Luis XV concurría una circunstancia muy rara. Temía á la muerte de un modo horroroso, y no quería que le hablasen de la suya; pero á cada momento se burlaba con cierto placer interior de la debilidad que tienen casi todos los hombres de ocultar su edad, su ancianidad ó sus flaquezas. Decía con mucha frescura á un cortesano:

— Sois viejo; tenéis mala cara; os moriréis pronto. Ponia en esto gran parte de su filosofía, y aquella mañana misma, en que había recibido por dos veces unos ataques tan crueles, se expuso todavía á recibir el tercero.

Para proseguir la conversación interrumpida con el duque de Ayen, le dijo de un modo bastante bruseo:

— ¿ Cómo sigue el caballero de Noailles ? ¿ es verdad que está enfermo ?

— Señor, hemos tenido la desgracia de perderlo en el día de ayer.

— ¡ Ah ! ya se lo había yo vaticinado.

Luego, echando una mirada por el círculo que se había aumentado con otros muchos que habían ido entrando poco á poco, divisó al abate de Broglio, hombre indigesto y bruseo, y le apostrofó en estos términos:

— Á vos os toca ahora, abate. Teniais justamente dos días menos que él.

— Señor, replicó Mr. de Broglio, lívido de cólera; V. M. estuvo ayer de caza, sobrevino un temporal, y el rey se mojó lo mismo que todos los demás.

Y abriéndose paso, salió como un furioso.

El rey le siguió con la vista, que expresaba al mismo tiempo bastante tristeza, y añadió:

— ¡ Qué hombre tan raro es este abate de Broglio ! ¡ de todo se incomoda !

Después viendo á la puerta á su médico Bonnard y con él á Borden, protegido de Mad. Dubarry y que aspiraba á reemplazarlo, llamó á los dos.

— Venid, señores; hoy por la mañana no se habla aquí más que de la muerte, y este es asunto vuestro. ¿ Quién de vosotros hallará la fuente de Juvencio ? Haría una cosa maravillosa y yo le aseguraria un brillante porvenir. ¿ Seréis vos, Borden ? — Vos Eseulapio — estando junto á Venus, comprendo que no hayáis pensado todavía en tales remiendos.

— Suplico al rey que me perdone: tengo un sistema con el que pienso que podremos volver á los felices tiempos de la historia.

— De la fábula, interrumpió Bonnard con tono epigramático.

— ¿ Lo creéis así, Bonnard ? ¿ Lo creéis así ? prosiguió el rey. El hecho es que mi juventud bajo vuestra direc-

ción no ha sido más que una fábula irrisoria, y el que logre rejuvenecerme ahora será nombrado inmediatamente historiógrafo de Francia, por haber escrito las más hermosas páginas de mi reinado. Hacedlo, Bordeu; mirad que es una cura que os granjeará inmensa celebridad. Pero, entre tanto, tomadle el pulso á Mr. de Chauvelin, á quien tenéis ahí todo lo más pálido y triste que se puede estar. Decidme vuestro parecer acerca de su salud, que tiene gran precio para mis placeres, y para mi corazón, añadió rápidamente.

Sonrióse tristemente Chauvelin, y presentando su brazo á los doctores, preguntó :

— ¿ Á cuál de los dos ?

— Á los dos, replicó Luis XV riéndose; pero no á Lamartiniere, porque sería capaz de amenazaros con una apoplejia, como á mí.

— Corriente : á vos Mr. Bonnard; lo pasado antes que lo futuro. ¿ Qué pensáis ?

— Que el señor marqués se halla muy malo : hay plenitud, infartación de las fibras del cerebro : haria bien en sangrarse, y mejor si lo hiciese pronto.

— ¿ Y vos, Mr. Bordeu ?

— Ruego á mi ilustrado compañero que tenga á bien dispensarme ; pero no soy de la misma opinión que un sujeto de tanta experiencia. El señor marqués tiene el pulso nervioso, y si la persona á quien hablo fuese una mujer bonita, le diría que tiene vapores. Es menester que se distraiga, que descanse, que no se atormente, que no trabaje, que goce de satisfacciones ; es necesario en fin que tenga todo lo que halla al lado del augusto monarca de quien tiene la honra de ser amigo. Prescribo la continuación del mismo régimen.

— ¡ Vaya si son admirables las dos consultas ! Mr. de Chauvelin debe estar ya muy enterado de su enfermedad

y de su remedio. ¡ Pobre marqués mío ! si os moris, queda deshonrado Bordeu.

— No, señor ; los vapores matan si no se tiene cuidado con ellos.

— Señor, si de esta he de morir, respondió Mr. de Chauvelin, pido á Dios morir á vuestros pies.

— Guárdate bien de hacerlo, que me darías un miedo espantoso. Pero, señores, ¿ no es ya la hora de la misa ? Me parece que está ahí el obispo de Senez, y nuestro párroco el señor cura de San Luis. Á lo menos ahora tendré un instante de contento. — Buenos dias, señor cura, ¿ cómo siguen vuestra ovejas ? ¿ Hay muchos enfermos ? ¿ hay muchos pobres ?

— ¡ Oh, señor ! muchos.

— ¿ No son abundantes las limosnas ? ¿ se ha puesto caro el pan ? ¿ se ha aumentado el número de los desgraciados ?

— ¡ Ah ! sí, señor.

— ¿ Y cómo es eso ? ¿ De dónde nace el mal ?

— Señor, de que hasta en el mismo palacio tenéis camareros de á pie que me piden por caridad.

— ¡ Ya lo creo ! como que no les pagan. ¿ Habéis oído, Mr. de Richelieu ? ¿ Y no se puede poner eso en orden ? ¡ Qué diablo ! sois primer gentilhombre de cámara por todo el año.

— ¡ Señor ! los camareros de á pie no son de mi incumbencia. Eso le toca al intendente general.

— Y el intendente dirá que le toca á otro.

— Infelices, dijo el rey conmovido por un instante, pero en fin yo no puedo hacerlo todo. ¿ Venis á misa con nosotros, señor obispo ? añadió volviéndose al abate de Beauvais, obispo de Senez, que predicaba los sermones de cuaresma delante de la corte.

— Estoy á las órdenes de V. M., contestó el obispo inclinándose ; pero he oído aquí palabras muy graves. Se

habla de la muerte y nadie piensa en ella ; nadie piensa en que llega la hora cuando menos se espera ; que nos sorprende en medio de los placeres y que ataca á los grandes y á los pequeños con su hoz inexorable : nadie piensa en que llega una edad en la que el arrepentimiento y la penitencia son, no sólo una necesidad, sino un deber ; edad en que debe apagarse el fuego de la concupiscencia ante el gran pensamiento de la salvación.

— Richelieu, interrumpió el rey sonriéndose : me parece que el señor obispo tira muchas piedras á vuestro tejado.

— Sí, señor, y las tira con tanta fuerza, que muchas caen de rechazo en el parque de Versalles.

— Ah, bien respondido, señor duque ; dais la sacudida con la misma facilidad que cuando tenfais veinte años. Señor obispo, el discurso ha empezado bien, lo continuaremos el domingo en la capilla ; prometo escucharlo. Chauvelin, para que podáis distraeros, os dispense de que nos sigáis : id á esperarme en casa de la condesa, añadió en voz baja. Ya ha recibido su famoso espejo de oro, obra maestra de Ratiers : es menester que lo veáis.

— Señor, prefiero volver á Grosbois.

— ¿ Aun insistís ? Estáis chocheando, querido mío : id á casa de la condesa ; ella os quitará el hechizo. ¡ Señores, á misa ! ¡ á misa ! ¡ Mal empieza el día de hoy ! ¡ Lo que es envejecer !

## VI

## El espejo de Mad. Dubarry

El marqués para obedecer al rey, á pesar de la gran repugnancia que tenía á hacerlo, se fué á casa de la favorita.

La favorita estaba extremadamente alegre ; bailaba como un niño, y desde el momento en que le anunciaron al señor marqués de Chauvelin, corrió á su encuentro, y sin darle tiempo para pronunciar ni una sola palabra, exclamó :

— ¡ Oh ! mi querido marqués, mi querido marqués, en qué buena hora llegáis ! ¡ Hoy soy la mujer más feliz del mundo ! he tenido al levantarme la sorpresa más agradable, más deliciosa, que se puede dar ! Primeramente, Ratiers me ha mandado el espejo : sin duda que vendréis á verlo ; pero nada, es preciso que esperemos al rey. Y luego, como las dichas vienen siempre juntas, la famosa carroza ha llegado : ya sabéis de la que hablo, la carroza que me ha dado Mr. de Aiguillón.

— ¡ Ah ! sí, dijo el marqués, el *vis-à-vis* (1) de que se habla en todas partes : bien os lo debía, señora.

— ¡ Oh ! ya sé yo que se habla de él, ¡ Dios mío ! y también sé lo que se dice.

— ¿ De verás ? ¡ lo sabéis todo ?

— Sí, poco más ó menos ; ¡ pero ya calcularéis que

(1) Coche angosto con sólo dos asientos, uno á la testera y otro al vidrio.

de todo eso me río ! Mirad, aquí tenéis unos versos que he encontrado hoy mismo en los bolsillos del *vis-à-vis*. Podría hacer que prendieran al pobre guarnicionero ; ¡ pero bah ! tales cosas eran buenas para Mad. de Pompadour. Yo estoy demasiado contenta para tratar de tomar venganza. Por otra parte, los versos no son malos, según me parece, y como siempre me traten lo mismo, os aseguro que no me quejaré.

Y presentó los versos á Mr. de Chauvelin.  
Este los tomó y los leyó.

¿ De quién el coche lucido ?  
¿ Es el carro de una diosa,  
Ó de una princesa hermosa ?  
Dijo un necio sorprendido.

No : respondió un pillastrón  
De pueblo con voz severa ;  
Es el de la lavandera,  
De ese infame de Aiguillon !

Y la indiferente cortesana se echó á reir á carcajadas, y exclamó después :

— *De ese infame de Aiguillon*, ya oís, *su lavandera* ¡ Oh ! á fe mía, que el autor tiene razón, y no es mucho decir: en verdad que, á no ser por mí, el pobre duque á pesar de la harina con que se cubrió en la batalla de... nunca me acuerdo del nombre de las batallas ; á no ser por mí, repito, el pobre duque se quedaba espantosamente negro. ¡ Pero bah ! ¡ qué importa ! como decía en mal francés mi predecesor Mazarino ; *ellos cantan, ellos la pagarán*, y mi *vis-à-vis* vale tanto que no cambiaría yo uno solo de sus cojines por todos los epigramas que se han hecho contra mí de cuatro años á esta parte. Voy á enseñároslo : venid, marqués, seguidme.

Y la condesa, sin acordarse de que no era ya Juana Vaubernier, y la condesa sin acordarse de la edad del marqués, bajó, cantando, los [escalones de una escalera oculta, por donde se pasaba á un patio pequeño en donde tenia sus cocheras.

— Mirad, dijo al marqués, sofocado á la sazón ; me parece que es bastante bonito para ser carruaje de una lavandera.

El marqués se quedó estupefacto. Nada había visto nunca tan magnífico ni tan elegante. En los cuatro tableros principales se veían las armas de los Dubarry con el famoso grito de guerra : *Boute en avant !* En cada tablero de los lados se veía una bandeja llena de rosas en la que estaban dos palomas picoteándose tiernamente : todo el carruaje estaba barnizado con el barniz de Martin, cuyo secreto se ignora hoy.

La carroza valía cincuenta y seis mil libras.

— ¿ Ha visto el rey tan magnífico regalo, señora condesa ? preguntó el marqués de Chauvelin.

— Aun no lo ha visto, pero estoy segura de una cosa.

— ¿ Y de qué estáis segura ? sepamos.

— De que le gustará infinito.

— Puede ser.

— ¿ Cómo que puede ser ?

— Quiero decir que lo dudo.

— ¿ Lo dudáis ?

— Y más todavía : apuesto á que no os permite que lo aceptéis.

— ¿ Y por qué ?

— Porque no podríais hacer uso de él.

— ¡ Bah ! ¿ de veras ? replicó la condesa con tono irónico : ¡ ah ! de poco os admiráis.

— Sí.

— Entonces, ya veréis otra cosa ; ya veréis el espejo

de oro, y además esto, añadió sacando un papel de su bolsillo; aunque no: lo que es esto no lo veréis.

— Haréis lo que sea de vuestro gusto, señora, respondió el marqués inclinándose.

— Sin embargo, después de ese mono viejo que se llama Richelieu, sois el amigo más antiguo que tiene el rey: lo conocéis bastante á fondo y él hace caso de vuestras palabras; si quisierais podríais ayudarme, y entonces... Volvamos al gabinete, marqués.

— Como gustéis, señora.

— ¡Qué seco y desapacible estáis hoy! ¿qué tenéis?

— Estoy triste, señora.

— ¡Ah! hacéis mal; ¡esa es una necedad!

Y Mad. Dubarry, sirviendo al marqués de guía, subió á paso más lento aquella escalera oculta que acababa de bajar y cantando como un pájaro.

Volvió en efecto á su gabinete, seguida de Chauvelin, y luego cerrando la puerta y volviéndose hacia el marqués, le dijo:

— Vamos á ver, ¿me apreciáis, Mr. de Chauvelin?

— Creo, señora, que no podéis poner en duda ni mi respeto ni mi afecto.

— ¿Y me serviréis en todo caso en que os necesite?

— Á no ser en contra del rey.

— Pero de todos modos, si no aprobáis lo que voy á proponeros, permaneceréis neutral.

— Me obligaré á eso si lo exigís.

— Dadme vuestra palabra.

— ¡Á fe de Chauvelin!

— Bien: pues ahora, ¡leed!

Y la condesa le entregó el documento más raro, más atrevido y más bufón que ha caído jamás bajo las miradas de un noble. El marqués no comprendió al principio todo su alcance.

Era una demanda dirigida al papa en la que se pedía

la rotura de su matrimonio con el conde Dubarry, pretextando que habiendo sido dama de su hermano, los cánones prohibían toda alianza en casos semejantes y el matrimonio quedaba necesariamente anulado: se añadía también que advertida, inmediatamente después de la bendición nupcial, del sacrilegio que iba á cometer y que hasta entonces ni siquiera había sospechado, Mad. Dubarry se había llenado de temor y no se había consumado el matrimonio.

El marqués leyó por dos veces esta súplica, y devolviéndosela á la favorita, le preguntó qué era lo que pensaba hacer con ella.

— Me parece que lo que debo hacer es enviarla, respondió ésta con su descaro habitual.

— ¿Á quién?

— Á su destino.

— ¿Al papa?

— Al papa.

— ¿Y qué más?

— ¿No lo adivináis?

— No.

— ¡Dios mío! ¡qué poco despejada traéis hoy la cabeza!

— Así será; pero el caso es que por más que pienso, no adivino lo que queréis hacer.

— Según eso, ¿habéis creído que no me llevaba algún objeto en favorecer á Mad. de Montesson? ¿No os acordáis ya del gran delfín y Madlle. Chonin, de Luis XIV y Mad. de Maintenón? Todos los días se le aconseja al rey que imite la conducta de su ilustre abuelo. Así es que nada habrá que decir. Me parece que, cuando menos, valgo tanto como la viuda de Serrón, y no tengo el inconveniente de sesenta años á la cola.

— ¡Oh! ¡señora, señora! ¿qué es lo que me decís?

exclamó Mr. de Chauvelin palideciendo y dando algunos pasos hacia atrás.

— En aquel momento se abrió la puerta y Zamora anunció :

— El rey.

— ¡ El rey ! exclamó Mad. Dubarry cogiendo y apretando la mano de Mr. de Chauvelin ; el rey, no digáis una palabra. En otra ocasión continuaremos.

El rey entró.

Su primera mirada fué para Mad. Dubarry ; pero su primera palabra fué para el marqués.

— ¡ Ah ! ¡ Chauvelin, Chauvelin ! exclamó el rey pasado al ver el trastorno de sus facciones ; ¿ conque es verdad que os queréis morir ? Tenéis la cara como un espectro, amigo mío.

— ¡ Morirse Mr. de Chauvelin ! ¡ quererse [morir] ! exclamó la alocada joven riéndose : ¡ ah ! ¡ nada de eso ! ¡ yo se lo prohibo ! Pues qué, señor, ¿ no os acordáis de lo que le predijeron hace cinco años en la feria de Saint-Germain ?

— ¿ Qué le predijeron ? preguntó el rey.

— ¿ Queréis que repita los términos del horóscopo ?

— Sí por cierto.

— Creo, señor, que no daréis fe á los horóscopos.

— No ; pero aun cuando se la diera, quiero saber ese.

— Bueno : pues predijeron á Mr. de Chauvelin que se moriría dos meses antes que V. M.

— ¿ Y quién fué el necio que se lo predijo ? preguntó el rey, no sin alguna alarma.

— Un hábil adivino : el mismo que me anunció que...

— Esas son tonterías, interrumpió, manifestando cierta impaciencia ; vamos á ver el espejo.

— Entonces, señor, es menester que pasemos á la habitación de al lado.

— Pasemos enhorabuena.

— Pues enseñadnos el camino, señor, que bien lo conocéis : es el de la alcoba de vuestra humilde servidora.

El rey conocía efectivamente el camino y abrió la marcha.

El espejo estaba colocado encima del tocador y cubierto con un tupido velo que se quitó por orden del rey, y pudo admirarse entonces una verdadera obra maestra, digna de Benvenuto Cellini. Aquel espejo, cuyo marco era de oro macizo, tenía en su parte superior dos amorcillos de relieve, que sostenían una corona real, bajo la que se hallaba colocada sin remedio la cabeza de la persona que se mirase en el espejo.

— ¡ Oh ! ¡ qué cosa tan magnífica ! exclamó el rey. En verdad que Ratiers se ha excedido á sí mismo ; tengo que darle la enhorabuena. Entiéndase, condesa, que soy yo quien os regala esto.

— ¿ Y me lo dais todo ?

— Sin duda ; todo.

— ¿ Luna y mareo ?

— Luna y mareo.

— ¿ Y esto también ? añadió la condesa con una sonrisa de sirena que hizo temblar al marqués, sobre todo, después de la conversación que había tenido poco antes.

La condesa señalaba con el dedo á la corona real.

— ¿ El qué ? ¿ ese juguete ? preguntó el rey.

La condesa hizo con la cabeza un signo afirmativo apenas perceptible.

— ¡ Oh !. podéis divertirnos con él á vuestro antojo, condesa ; pero os advierto que pesa mucho. Pero ¿ qué es eso, Chauvelin ? ¿ Es posible que estéis tan ceñudo delante de esta señora y delante de su espejo, lo cual es concederos dos favores en uno, supuesto que la veis dos veces ?

Este madrigal del rey obtuvo por recompensa un beso de la condesa.

El marqués no pestañeó.

— ¿Cuál es vuestra opinión acerca de este espejo, marqués? Vamos á ver, decidnos, ¿qué tal os parece?

— ¿Y para qué he de decirlo, señor? preguntó el marqués.

— ¡Pardiez! para saberlo, pues os tenemos por persona de muy buen gusto.

— Pues bien: hubiera preferido no verlo.

— ¿Y por qué motivo?

— Porque á lo menos hubiera podido negar su existencia.

— ¿Qué quiere decir eso?

— Señor, que la corona real está muy mal colocada en manos de los amores, respondió el marqués inclinándose respetuosamente.

— Mad. Dubarry se puso encendida de cólera.

El rey, turbado, fingió que no había comprendido.

— ¿Cómo así? ¡pues si esos amorcillos son bellísimos! replicó Luis XV; están sosteniendo la corona con una gracia inimitable: mirad qué bracitos tan bien redondeados: ¿no parece al ver su dulzura que lo que sostienen es una guirnalda de flores?

— Ese es su verdadero destino, señor; los amores no sirven para otra cosa.

— Los amores son buenos para todo, señor de Chauvelin, dijo la condesa; no lo dudabais en otro tiempo, pero hay cosas de que no es fácil acordarse á vuestra edad.

— Sin duda; más conviene que se acuerden de ellas los jóvenes por mi estilo, dijo el rey riéndose. En fin, sea; pero ¿no os gusta el espejo?

— No es el espejo lo que me disgusta, señor.

— ¿Y entonces qué es? ¿Será el rostro encantador

que se mira en él: ¡Diablo! qué difícil sois de contentar, marqués.

— Al contrario; nadie reconoce con más franqueza y verdad la hermosura de la señora condesa.

— Pero si no es el espejo lo que os desagrada, preguntó impaciente Mad. Dubarry; si tampoco es el rostro que se mira en él, ¿qué es? decidlo.

— Es el sitio en que se halla.

— ¡Pues qué! ¿no cae muy bien encima de este tocador que es también regalo de S. M.?

— Estaría mejor en otra parte.

— ¡En otra parte! ¿en dónde? acabad, que ya me impacientáis con ese aspecto que jamás os he visto.

— En casa de la señora Delfina, señora condesa.

— ¡Cómo!

— Sí; la corona con flores de lis no la puede gastar sino quien ha sido, es, ó haya de ser reina de Francia.

Los ojos de Mad. Dubarry lanzaban llamas.

El rey hizo una mueca terrible.

Luego se levantó diciendo:

— Tenéis razón, Mr. de Chauvelin, tenéis mala la cabeza; idos á descansar á Grosbois, supuesto que os halláis tan mal entre nosotros: idos marqués, idos.

Mr. de Chauvelin no respondió más que con un profundo saludo, y salió del gabinete andando para atrás, como hubiera hecho en los grandes salones de Versalles, y observando estrictamente la etiqueta que prohíbe saludar á nadie cuando el rey está presente, desapareció sin mirar siquiera á la condesa.

La condesa enfurecida se mordía las uñas: el rey quiso tranquilizarla.

— ¡Pobre Chauvelin! dijo, sin duda ha tenido también alguna pesadilla. Todos estos grandes ingenios sucumben siempre al primer golpe, cuando el ángel negro les toca



con sus alas. Chauvelin tiene diez años menos que yo, y se me figura que valgo más que él.

— ¡ Oh ! sí, señor ; valéis más que todo el mundo, sois más espiritual que vuestros ministros y más joven que vuestros hijos.

El rey se hinchó al oír aquel cumplimiento, é hizo esfuerzos para merecerlo, á pesar del consejo de Lamariniere.

## VII

### El monje, el preceptor y el intendente

Á la mañana del día siguiente al en que había permitido el rey á Mr. de Chauvelin que se retirase á sus tierras, la marquesa, mujer de este último, se paseaba en el parque de Grosbois con sus hijos y con el preceptor.

Mujer santa y noble, olvidada, en la sombra de los robles gigantescos, por la corrupción que devoraba á Francia cincuenta años hacía, la marquesa de Chauvelin había conservado para sí, á Dios que la bendecía, á sus hijos que la amaban y á sus vasallos que la veneraban.

Ella daba en cambio, á Dios sus oraciones, á sus hijos su amor, á sus prójimos la caridad.

Acordándose siempre de todo aquello en que se ocupaba su marido, lo seguía con el pensamiento por el teatro tempestuoso de la corte, como la mujer del marino sigue con el alma al pobre navegante perdido entre las brumas y los temporales.

El marqués había amado tiernamente á su mujer. Cor-

tesano después, y cortesano favorecido, jamás había puesto en la partida que juegan los reyes con sus favoritos, y que siempre les ganan, aquella última cantidad, aquella felicidad doméstica, pura y última esperanza que desde lejos le sonreía. El navegante de que hablábamos ahora mismo miraba aquel amor de familia como el náufrago mira el faro, y esperaba calentarse después de la borrasca, en el hogar, siempre ardiente y siempre alegre, de su casa.

En Mr. de Chauvelin era una virtud el no haber obligado jamás á la marquesa á que fuese á vivir en Versailles.

La pobre mujer hubiera obedecido y se hubiera sacrificado.

Pero el marqués sólo una vez le habló del asunto, y apenas conoció en los ojos de su mujer que le sería sensible hacerlo, renunció.

Y no, como algunos bribones iban diciendo por todas partes, porque Mr. de Chauvelin tuviese miedo á los sermones de su mujer : cualquier hombre disoluto, cualquier cortesano que se arrastra á los pies de la concubina ó del monarca, halla en sí mismo bastantes bríos para dominar á su mujer y morigerar á sus hijos.

No : Mr. de Chauvelin había abandonado á la marquesa, dejándola entregada á sus santos pensamientos.

— Gano demasiadas fanegas de tierra en el infierno, decía el marqués ; dejemos, pues, á la buena marquesa que me gane algunas pulgadas de azul de los cielos.

Ya no se le veía en Grosbois : su mujer celebraba una fiesta anual, cuando llegaba el día de San Andrés.

Era regla invariable. Mr. de Chauvelin abrazaba á sus hijos á las dos, comía con ellos, subía en su carroza á las seis, y se hallaba presente en el momento de acostarse el rey.

En cuatro años no había hecho más que esto ; en cua-